

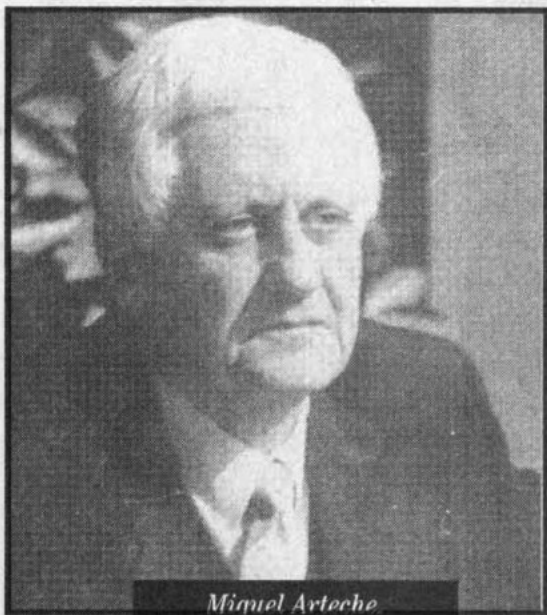
“Verlo todo como si se viera por primera vez, esto es poesía”

“Yo no ando en busca de mis 70 años, que se perdieron. Hay otros que andan en busca de mis 70 años”, apenas ríe con esa ironía calma y fina que lo caracteriza Miguel Arteche. Ya a principios de 1995, cuando crecía la fiebre por celebrar públicamente los natalicios redondos de los grandes de las letras del país, había manifestado su desinterés por el tema. Y ha dicho en innumerables ocasiones que, al revés de otros a quienes no nombra pero siempre les dedica una o dos frases mordaces, no anda en busca, tampoco, de premios ni homenajes. Pero si llegan, llegán.

Así sucede con la condecoración municipal por sus servicios distinguidos a la cultura que —en el curso de una celebración pública de su septuagésimo cumpleaños— le impondrá esta tarde el alcalde de Macul, una comuna capitalina en la que por años el poeta, considerado uno de los más importantes de Latinoamérica, ha colaborado como asesor y dirigido talleres literarios.

Pero si la singular presea, que antes fue otorgada al pintor Gregorio de la Fuente, le parece bien, Arteche asegura que lo de los 70 años es una infamia del alcalde. “Me obliga a hacer en mi discurso de agradecimiento una serie de bromas sobre eso”, adelanta. Comienza el juego diciendo que el número siete lo persigue, y enumera: la edad del niño Arteche que lo acompaña desde la foto colgada sobre su escritorio, parte del número de la casa en la que vive desde hace más de 30 años, las letras de su apellido, el número de sus hijos. Y, aparte de otros sietes que deja a la imaginación del público, el cumplir ahora los 70.

“Para llegar a setenta he tenido que agregar un cero al siete. En éste caso, así como el cero a la izquierda no vale nada, en la poesía, el cero a la derecha vale menos. Para los lectores tengo siete años, y no es que me guste: es que no tengo más remedio si deseo seguir



Miguel Arteche

escribiendo poemas. Cuando un poeta escribe poemas de 70 años, escribe necesidades. Se trata de escribir poemas de siete años. Es la única forma de inocencia que vale para el poema. Es la única visión que vale para el poema. Lo demás es vanidad”.

BUSCANDO LO ESENCIAL

Arteche escribe sus poemas con pluma, y su prosa con máquina de escribir. De allí han surgido decenas de libros que, aunque incluyen antologías, traducciones, ensayos, cuentos y novelas, tienen su más alta cima en la poesía, cuya reconocida calidad no siempre es valorada externamente. “De Madrid a Macul”, sugiere como título de esta nota, aludiendo al

paso de agregado cultural en España que ejerció antaño (de 1965 a 1970) a su trabajo silencioso de hoy. Ríe. Y es que no le importa el brillo externo.

“Creo que hay un lema de un escudo, pienso que es el escudo de los Eyzaguirre —esto lo aprendí por Jaime—, que dice “El Señor es el primer servidor”. Es un lema muy hermoso. El mundo estaría mucho mejor si se pusiera en práctica, sobre todo por aquellos que se encaraman en el poder y se creen la mamá de Tarzán, ... y, en algunos casos, la abuela”, dice con ese humor tan suyo que identifica como un elemento de equilibrio, paralelo a su poesía, que en la expresión de tensiones, frecuentemente religiosas, tiene mucho de dramática.

“El verbo servir —culmina— es un hermoso verbo. Significa muchas cosas, entre ellas, querer hacer bien algo para los demás. Y el alcalde de Macul, los concejales, la Corporación Cultural de esa comuna, creen que yo serví, y que lo hice en mi condición de poeta”.

Porque en sus 70 años Arteche ha tomado la poesía como una forma de vida. Y, claro, la vida como una forma superior de poesía.